

Número 90 REPUBLICA DE COLOMBIA Noviembre 1.º: 1913

REVISTA  
DEL COLEGIO MAYOR  
DE  
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



*Nova et vetera*

BOGOTA  
IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10  
MCMXIII

## CONTENIDO

La Prensa católica.....	JUAN A. ZULETA
A Mecenaz.....	CIRO MOLINA GARCES
Sermón en la fiesta de Nuestra Señora, celebrada en el Colegio Mayor del Rosario.....	RAFAEL M. CARRASQUILLA
Canta la vida.....	EMILIO ARIAS MEJÍA
La Expedición Botánica. (Continuación).....	FABIO LOZANO Y LOZANO
Episodio del régimen federal en el Magdalena. (Concluye).....	JOSÉ GNECCO LABORDE
Galicismos.....	VITAL AZA
Clausura de estudios del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en el año de 1913, 260.º de su fundación.	
Índice por materias.	
Índice por autores.	

## REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de noviembre de 1913

### LA PRENSA CATOLICA

MEMORIA PRESENTADA A LA ASAMBLEA PARTICULAR DEL CONGRESO EUCARÍSTICO

Si no somos partidarios de la absoluta libertad de imprenta, como no lo somos de ninguna libertad absoluta, no podemos desconocer los servicios de que la humanidad es deudora a la prensa y lo que ésta ha contribuido al desarrollo de la civilización del mundo. Si es indispensable su reglamentación, si es necesario que no se use de ella como instrumento cortante en manos de un niño que ignora todo el mal que puede hacer con él, es imposible hoy prescindir de la prensa, y no se concebiría el progreso ni la vida social y política, sin este órgano admirable que lleva la idea a todas partes y por donde pasa alimenta la curiosidad, satisface el deseo de saber, enseña a los ciudadanos sus derechos, es arma poderosa contra los excesos del poder y, en fin, órgano de la verdad y de la razón. Mal dirigida, libre para expresarlo todo por su medio, entregada al influjo de las malas pasiones, confiada indiscrecionalmente al malvado, es tan funesta, como bienhechora cuando el bien la inspira y se la emplea con medida y discreción. La prensa periódica hace tal vez más daño que el libro cuando, de conductora de la verdad, se convierte en propagadora del error, en instrumento de calumnia, en vocera de la revolución y de la guerra; y es más perniciosa porque se encarga de llevar la doctrina errónea y malsana del libro a donde éste no puede llegar y de adaptarla a las inteligencias que no se asimilan las ideas de aquél; porque el diario no es generador de doctrina ni de teorías, es sólo popularizador bueno o malo de las que se encuentran en las obras maes-

tras de los grandes pensadores, y en los libros perversos de los pensadores de segundo orden.

En ninguna época se ha usado y abusado de la prensa periódica como en la actualidad, en ningún tiempo pasado fue el periodista más audaz que al presente, ni se puso más vehemencia ni ligereza ni ignorancia al servicio de cuestiones que requieren estudios serios y de problemas que exigen detenida meditación, que la empleada por la prensa diaria de Europa y América. Para ser médico y ejercer la medicina, se necesita, en lo general, hacer un curso de bachillerato y luego dedicarse a estudios especiales, teóricos y prácticos, por cinco o seis años; para recibir el título de abogado, las facultades exigen cuatro o cinco años de ciencias políticas, y un estudio, más o menos completo, de los códigos de la nación; para graduarse de ingeniero, necesita un joven consagrarse a servir por varios años los cursos de matemáticas puras y aplicadas; y para desempeñar las difíciles funciones del sacerdote, los seminarios preparan a sus escogidos en las aulas de filosofía, en las de teología y de sagradas escrituras, de liturgia y de derecho, después de haberles enseñado las materias indispensables para dedicarse al estudio de ciencias tan elevadas. Sólo el periodista, en lo general, y sobre todo entre nosotros, cree que puede desempeñar tan delicada misión con audacia e ignorancia, y toda la dosis posible de mala fe. Y esto no sería de tan graves consecuencias, si no tuvieran las letras de molde una fascinación inexplicable para el lector; si no creyera más el mayor número de lectores de un periódico, en lo que éste dice que en la palabra inspirada del ministro del Señor, o en el dictamen del médico o del abogado. Es innegable que contamos y hemos contado con periodistas ilustrados que hacen honor a la prensa del país, y con periódicos y revistas sobresalientes que han sido factores importantes en el movimiento civilizador de la nación; pero en lo general, la masa de aquéllos carece de los elementos indispensables para dedicarse a misión tan elevada y difícil, y la mayoría de éstos no satisfacen a las exigencias de la verdad, la justicia y la cultura.

La libertad absoluta de imprenta es inaceptable, pero se atenúan sus malos efectos, ya que no se le quiere poner a la

prensa el freno administrativo y judicial, si el periodista se prepara con estudios de idiomas, de historia, de literatura y de arte y adquiriera conocimientos generales en ciencias, en derecho, en diplomacia y en religión, y sobre todo, hiciera estudios detenidos de lo que ataca y de lo que defiende; en fin, que fuera un humanista y un letrado.

A los males innegables que produce la mala prensa en Europa y América hay que oponer el apostolado de la buena, es decir, la que defiende la libertad, pero como compañera inseparable de la justicia; la que enseña al ciudadano sus derechos, pero al mismo tiempo sus deberes, y en fin, la que se constituye en maestra y propagadora de la verdad. Hace parte de esta prensa benéfica la especialmente religiosa, es decir, la prensa católica.

Lo que debe hacer principalmente el periodista, y sobre todo el católico, es estudiar mucho y pensar más, tener una grande energía para defender los dogmas y las enseñanzas de la Iglesia, y al mismo tiempo revestirse de una prudencia que no dañe a su deber; si su valor ha de ser indomable ante el error, su caridad debe respetar la persona de quien lo profesa. La falta de caridad puede alejar algunas veces de la buena doctrina al que esté de buena fe equivocado. Acontece que la prensa violenta nos hace más daño que la enemiga. No hay que confundir, naturalmente, la verdadera prudencia con el miedo de los tímidos, a quienes les parece imprudente le que a ellos les daría miedo decir y hacer, sin comprender que no se puede predicar la verdad sin herir al que está en el error. Para los enemigos y para los timoratos es imprudente o fanático el escritor que no transige con la licencia o con la mentira, y lo que le sucede al periodista le acontece también al gobernante. Un distinguido historiador danés, protestante, que ha publicado recientemente un famoso libro sobre Felipe II, después de estudiar la vida y hechos de este monarca, por más de diez años, en los archivos y bibliotecas de España, de Italia y de Bélgica, dice:

“Si Felipe hubiera trabajado exclusivamente por fines temporales y materiales, habría debido desalentarse al fin de su carrera; pero la lucha fue su ideal, y la convicción invencible que tenía de estar combatiendo por fines superiores, lo hicieron grande en la desgracia. Por esta razón la historia debe considerar esta

constancia sin ejemplo, que se llama frecuentemente intolerancia y fanatismo, como la primera de las cualidades de este rey."

Está en el talento del escritor el saber combinar en su conducta la energía con la tolerancia y con la gran virtud de la caridad. Y en el párrafo citado encontramos una de las grandes cualidades del periodista católico, la constancia. El que obra con fines desinteresados, quien se siente dominado por su amor al bien, el que tiene la convicción íntima de que cumple con su deber, no debe desalentarse por la guerra del enemigo ni las críticas de los amigos tibios, y debe seguir adelante su labor sin descanso.

El periodista católico no debe desconocer que debe ser defensor de la legitimidad y en ningún caso aconsejar ni promover la sublevación de los pueblos contra los gobiernos. Si el poder civil viene de Dios, como de fuente suprema, no puede un católico sostener el principio anárquico y antisocial de que las pasiones de las multitudes son al árbitro de la bondad del gobernante. No es esto decir que el poder público pueda ponerse por sobre la ley, o los legisladores puedan expedir leyes inicuas sin que a los ciudadanos quede el derecho de la protesta. Ésta es un deber cuando el gobierno arrebató la libertad de los ciudadanos, so capa de autoridad indiscutible; cuando la tiranía se impone sobre la conciencia de los individuos; y puede ser tan valiente y enérgica como se quiera, pero pacífica, sin desconocer al gobernante ni concitar rebeliones. Tal ha sido la conducta de los insignes preladados granadinos cuando los malos han querido arrebatarse a la Iglesia sus prerrogativas en nombre de una falsa libertad. Mosquera, Herrán, Arbeláez, se denegaron a cumplir varias leyes dadas en nombre de la nación, por estimarlas contrarias a la libertad y derechos de la Iglesia, y siguieron serenos el destierro, y murió el primero lejos de las queridas y dulces riberas de la patria, pero nunca aconsejaron a su pueblo la rebeldía contra el gobierno que los obligaba a dejar huérfana a su grey. Y la prensa católica en respetar y obedecer a los gobiernos constituidos no hace otra cosa que seguir las doctrinas de León XIII, expresadas más de una vez en sus famosas encíclicas.

Como el ataque de los enemigos de la Iglesia cambia de forma según la época, la defensa debe corresponder a la nueva investidura del error. Este siempre es el mismo, pero vencido o descubierto, rechazada su acometida a una fortaleza, cambia de nombre, de aspecto y de táctica para poder penetrar en el recinto de la verdad inmutable. Así, sin dejar de proseguir la enseñanza, la propagación y la defensa de la verdad religiosa, la prensa católica moderna debe fijarse principalmente en la cuestión obrera, en las sociedades secretas y en el error filosófico que se disfraza con el nombre de *modernismo*.

No tenemos afortunadamente aún los graves problemas del socialismo que corroen las entrañas de las sociedades europeas, ni su hijo legítimo el anarquismo ha producido en Colombia esos sangrientos estallidos con que aterra frecuentemente las naciones del antiguo continente; pero si no se ponen, desde ahora, todos los medios posibles para contener la invasión salvaje que nos amenaza desde el otro lado del mar, la fiera penetrará en la América del Sur y por donde pase sembrará el exterminio, y causará pavor y espanto.

La Iglesia ha sido siempre la protectora del pueblo y de los menesterosos, pero sus enemigos han tratado de hacerles ver en ella otra cosa, diametralmente opuesta. Con mayor razón debemos los católicos trabajar más que nunca por estudiar las necesidades del pueblo y el modo de remediarlas hasta donde sea posible, y en hacerle comprender que mientras los enemigos de la religión lo deslumbran con audaces y mentirosas teorías, y no han podido cumplirle ninguno de los fascinadores y ambiciosos que le han presentado para mejorar su estado, la Iglesia es su única esperanza y la sola que ha aliviado su condición.

La guerra a las sociedades secretas debe ser sin descanso. Por más que se diga que la masonería es inocente y que no debe hacerse caso, la experiencia demuestra otra cosa. En Colombia y en otras naciones han coincidido las revoluciones y el mal-estar social con la propagación de las sectas masónicas. No se concibe el odio que profesan a la religión y el empeño en ocultar sus maniobras, si fueran inofensivas y tuvieran sólo fines benéficos. El genio de León XIII, el Apóstol de la paz, no les hubiera movido la guerra a las sociedades secretas sin ver en ellas el agente de la revolución contra Cristo y sus doctrinas.

En cuanto a los males que pueda hacer el modernismo y a la necesidad en que está el periodismo católico en desenmascararlo y combatirlo, baste decir que su doctrina pudiera condensarse en ésta: "negar la acción de la Providencia en el desarrollo de los acontecimientos y tratar de amalgamar al racionalista con el católico," y no debemos olvidar que en el sacerdocio francés y tal vez en el nuestro ha hecho prosélitos que han tratado con soberbio atrevimiento de desafiar y desconocer la autoridad del gran Pontífice Romano.

Si es noble y elevada la misión de la prensa católica, tiene dos escollos peligrosos que un verdadero soldado de la fe debe evitar: la disputa entre periódicos amigos, que la falta de prudencia puede llevar hasta rompimientos definitivos entre los sostenedores de una misma santa causa; y el querer erigirse los defensores laicos en directores de los obispos y el clero. Este gravísimo mal, común en el periodismo español, ha sido origen allí, en Francia y aun entre nosotros, de males que llegan a ser irremediables. ¿Cómo pueden evitarse los conflictos entre la Iglesia y sus defensores? Los intérpretes naturales de la doctrina católica son los llamados por Jesucristo a enseñarla y propagarla, y el laico, en todo caso, debe estar a órdenes del prelado. Podemos asegurar que en todas las desavenencias ocurridas entre el superior eclesiástico y el periodista católico, la razón ha estado siempre de parte del primero, y si momentáneamente el seglar, erigido en juez de sus propias acciones, se ha creído con el derecho de estar en la verdad, el tiempo se ha encargado de mostrarle su error. Por supuesto que hablamos en lo relativo al dogma y a la conducta que el clero debe seguir en asuntos que son de su competencia, pues en los opinables el criterio propio puede prevalecer sobre el de los demás. En tesis general podemos decir que ningún católico debe hablar en nombre de la Iglesia, y que en conflictos parecidos a los que hemos mencionado, la soberbia se disfraza con el nombre de razón. El verdadero católico es humilde y no antepone nunca su criterio al de sus naturales directores.

Para terminar esta larga disertación, desprovista de mérito y de originalidad, creemos conveniente hablar muy a la ligera de los periódicos católicos más notables que se han publicado en

Colombia. El primero en el tiempo y el que parece que más sirvió al objeto de su fundación fue *El Catolicismo*, que debió su vida al Ilustrísimo Señor Arzobispo Mosquera. En los once años (1849—1860) que, con algunas interrupciones, se publicó este importante semanario, donde lució la pluma del mismo Prelado y de escritores como don Ignacio Gutiérrez, don Rufino Cuervo, don José Manuel Groot, don Juan Antonio Marroquín y don Venancio Restrepo, ofreció a sus lectores notables artículos sobre tópicos religiosos, filosóficos, políticos, literarios y científicos, escritos con doctrina intachable y estilo elegante, culto y claro, sin dejar de ser elevado. Dada la época en que los hombres del poder estaban imbuidos en las doctrinas comunistas de un grupo de revolucionarios franceses que trataban de propagar, los escritores de *El Catolicismo* lucharon incansablemente y con valor a toda prueba contra tan funestas doctrinas, contra la demagogia más descarada, la impiedad y la separación de la Iglesia y del Estado, que al fin se llevó a cabo.

En este modelo de publicaciones católicas hizo sus primeras armas en el periodismo el elocuente escritor que más tarde fundó *La Caridad*. A don José Joaquín Ortiz y a sus colaboradores les tocó principalmente atacar la enseñanza laica que gobiernos liberales trataron de implantar en Colombia. Combatir errores y desvanecer calumnias, defender a la Iglesia con valor denotado para restablecer la verdad en la historia, hé aquí la principal misión de aquel brioso paladín, que en estilo que electrificaba sus lectores, dejó páginas inmortales y un nombre venerado y querido por los que aprendieron en sus artículos y folletos a amar a la esposa de Cristo, la verdad de la doctrina católica y a abominar de la iniquidad.

Coincidieron en algún tiempo *La Caridad* y *El Tradicionista*, y así se puede establecer el paralelo entre la clase de polémica de los dos periódicos. La del primero era en estilo vibrante, que arrebatava a sus lectores; la del segundo hablaba al cerebro más que al corazón, y en escritos de un vigor de dialéctica insuperable, de un casticismo sin reproche y de un esmero de dicción que le daba gran atractivo a trabajos tan razonados como de una erudición asombrosa. A Caro le correspondió combatir la demagogia revolucionaria y pelear por los fueros de la Igle-

sia y del padre de familia sobre la conciencia de los niños. El atacó la pretendida labor docente del Gobierno y negó al Estado el derecho de imponer los textos en los establecimientos de educación, y elevó a tan alto grado la controversia religiosa, que sus artículos quedarán como modelos de buen decir, y como cánones teológicos y filosóficos. Por algo un prelado eminente le dio a Caro el título de "adalid de Cristo y de su Iglesia."

*La Sociedad*, de Medellín, y *Los Principios* políticos, y religiosos, de Popayán, lucharon en escenario más reducido, pero no por eso fue menos ruda la labor, ni su alcance de menor importancia que la de sus colegas mencionados. Por diez años los escritores católicos colombianos aunaron sus esfuerzos contra la persecución oficial a la Iglesia y la enseñanza anticristiana (1870-1876), y de esta suerte el doctor Mariano Ospina en Antioquia y don Sergio Arboleda en el Cauca, dedicaban principalmente sus admirables artículos a combatir las dos criminales tendencias de los Gobiernos de esa época. Conocido el estilo fácil y ameno del doctor Ospina, su ilustración enciclopédica y la fuerza de su argumentación, y los escritos razonados, metódicos, serenos e incontestables de Arboleda, puede comprenderse fácilmente el efecto que esos admirables artículos produjeron no sólo en aquellos departamentos, sino en la nación entera.

Sin desconocer los servicios prestados por otros escritores notables colombianos, defensores de la verdad religiosa y por periódicos que ya en el carácter mencionado o en el de políticos, siempre han sido celosos defensores de los principios católicos, es innegable que aquellas publicaciones han dejado recuerdo imperecedero en los anales religiosos de nuestra patria. Sus directores hicieron célebres sus nombres como paladines de la Iglesia. Apologistas católicos y muy notables fueron también don José Manuel Groot, el docto refutador de Renán, el erudito historiador de la Iglesia colombiana y asiduo colaborador de *El Catolicismo*, de *La Caridad* y de *El Tradictonista*; don Ricardo Carrasquilla, quien ejerció con entusiasmo y eficacia su apostolado docente y dejó un monumento en sus *Sofismas Anticatólicos* y un cúmulo de ciencia en periódicos y revistas; don José María Vergara y Vergara, tierno y piadoso escritor, hijo sumiso de la Iglesia, y propagador incansable de sus doctrinas, fundador de *La Juven-*

*tud Católica* de Bogotá; don José Caicedo Rojas, el ameno cronista de nuestra historia y elegante poeta; don Juan Pablo Restrepo, periodista y autor sesudo, de argumentación maciza, autor convencido y convincente de la obra laboriosa *La Iglesia y El Estado*, y tantos otros entre los laicos, ausentés ya del mundo, pero presentes en la memoria de los católicos, para no mentar a ilustres sacerdotes de que se enorgullece la Iglesia como sus abnegados defensores en la prensa, y que han llevado, como aquellos eminentes apóstoles seculares, la luz a muchos espíritus, el entusiasmo a muchos corazones, la paz a muchas almas y la alegría a muchos hogares.

Sublime y envidiable misión, desempeñada cumplidamente, la del periodista católico; servir apasionadamente a la fe sin olvidar los deberes que tiene para con la república. Feliz el individuo que al rendir su última jornada pueda sentir la satisfacción de no haber tenido más ideales que el de la Religión y el de la Patria, y le sea lícito morir a la sombra de sus insignias, la cruz y la bandera nacional.

Dejando así esbozada la misión de la prensa católica, e indicados los órganos más autorizados de ésta en Colombia, se podrán presentar las siguientes conclusiones con motivo de estar celebrándose el primer Congreso Eucarístico de nuestro católico país, a la consideración del Comité de la propaganda y de la prensa:

- I. Trabajar por la fundación, en los colegios católicos, de secciones especiales para preparar periodistas católicos;
- II. Esforzarse por la propagación del periodismo católico;
- III. Fomentar sociedades y congregaciones antimasonicas;
- IV. Apoyo y ayuda poderosa a la acción social, y a todo lo que favorezca las clases desvalidas y contribuya a la mejora de la condición del pueblo; y
- V. Propender por la reunión en Bogotá de un Congreso de periodistas católicos.

JUAN A. ZULETA

Bogotá, septiembre de 1913.

